

Instantes de vida Laura Casielles

Nunca estuve tan alta
Juana Castro
Madrid, Sabina Editorial, 2018



¿CÓMO SE CUENTA la historia de una vida? Cuando se intenta hacerla encajar, el resultado es siempre una ficción. Un intento que, al elegir qué cuenta, falsea conexiones y consecuencias en un empeño de sentido. Sin embargo, en la vivencia misma hay huellas que van quedando y, vistas con perspectiva, trazan una línea que –tal vez por no haberlo buscado– sí toca lo que late. Las editoras de *Nunca estuve tan alta*, reciente antología de la obra de Juana Castro (Villanueva de Córdoba, 1945) son, quizá, sobre todo rastreadoras de esas huellas. Su búsqueda entre sus poemas es la de ese fino hilo que atraviesa una vida y es capaz de contarla. Siguiendo el rastro, consiguen el prodigio de condensar en una selección de solo treinta y cuatro poemas una trayectoria de cuarenta años y quince libros.

Como cuentas engarzadas en ese hilo se suceden, apunta en el prólogo Carmen Oliart, «instantes de vida de generaciones de mujeres». La vivencia personal, encarnada en palabras de precisión y hondura, se confunde con lo compartido, con lo reconocible por todas: «la mano el libro el chocolate / el cuerpo / el cuerpo las estrellas el bosque / las palabras el cuerpo / la película el vino la carne / del melón rajando mi garganta / relámpagos el zumo la sandía / no se hace eso no se hace / las siestas y las sábanas».

En un trazado que puede leerse como cronológico, la voz poética es la de una mujer que va creciendo, un recorrido marcado por hitos como marcas en el camino de una historia personal. Mira desde hoy, transcurrido el «tiempo feroz» que da nitidez a lo vivido, y busca una luz que permita entender: «Baja la loba al llano, y muerde las ventanas. / No con dientes las muerde, sino con sus pupilas / agrandadas y hambrientas». «El espejo, la noche y esa hierba / que le crece voraz en la mirada / le dicen que ha vivido.» Cada poema responde a un descubrimiento en el que se alternan «la dulzura de los frutos y la crudeza de los usos y costumbres».

De algún modo, en el hilado, todo lo que va a pasar venía prefigurado por algo que pasó antes. Así, en la niña que se entregaba al «pecado y la siesta»

en las tardes de verano en las que «presentía / su misterio la carne. Oteaban / los ojos el amor y el deseo» mientras el murmullo de fuera y la claridad colándose entre las contraventanas para dibujar un paisaje onírico en el que «solo su cuerpo existe», está ya la mujer que sabrá un día que una y otra vez es necesario construirse de nuevo: «con un ala perdida junto al cielo / y la llave morada de los labios, estaré, / torpe y triste, otra vez aprendiendo». En las jóvenes que en el pueblo «cambiaron / la hora de su brújula / por el final feliz de los cuentos de hadas» estará ya el desenlace de ese «amor de amaratarse amor que es amoldar / y amancillar. / Amor de amenazar amor de amurallar / amor de amartillar / y de amasijo». En el parto –«me agarré a los barrotes de acero de la cama / y embestí, como pude, aquella tempestad / de la que era yo misma capitán y jadeo»–, ya la muerte del hijo –«desde el silencio / me silba tu dolor, como si fuera un látigo»–. Igual que en la «vergüenza / de viajar en el carro», traqueteo de pobreza, está ya el modo en que al final la mirada se abren a las estrellas: «por los malos caminos, / recogían mis ojos / el silencio y la gloria».

Lo compartido de la vivencia, la posibilidad de reconocerse, es una forma de genealogía. Las rastreadoras de huellas que están detrás de este libro lo hacen con el espíritu de Colección Mínima, un espacio que Sabina Editorial dedica a la recuperación y divulgación de voces de mujeres que nos han dejado un sendero de pistas para nuestros propios caminos. Como algunas de sus compañeras de catálogo –de Emily Dickinson a María Mercé Marçal o Ángela Figuera–, Juana Castro pone palabras a esas vivencias que una Historia de palabras masculinas ha dejado en el silencio. Sexo, violencia, maternidad, naturaleza: la vida rebosa ofreciendo a la vez una raíz y un ala. Su escritura, cargada de imágenes y referencias, búsqueda permanente del envés de lo visible, se pliega a veces hacia la austeridad para rozar la crudeza de verdades que necesitaban ser dichas: «Me tiró sobre el pasto / de un golpe, sin palabras. Y aunque hubiera podido / a sus brazos mi fuerza, / no quise retirarlo, porque padre / era padre: él sabría qué hiciera».

Pero *Nunca estuve tan alta* es genealogía también en tanto la escritura se convierte en un modo de enlazar las historias de abuela, madre e hija –las de cualquiera– en una espiral de repeticiones: «Si supieras que todo / lo que de ti he odiado y maldecía / ahora en mí lo descubro / tan exacto y reciente como el cerco / de una piedra en el agua, repetida». Los silencios que pesan –«cuando quise / preguntarle a mi madre mil pedazos / autistas me miraban sin verme»– los resuelven los cuerpos indisolublemente unidos –«esta savia / venida de mi madre de mi abuela / me explota aquí en las sienes / en el sol y en la sangre»–.

Y genealogía también por lo que las generaciones repiten. Como en una extraña maldición, aparece como constante el amor, baile entre luz y sombra.

Ese amor es «el arte del vuelo», dice Oliart en el prólogo, pero en la poética de Juana Castro el vuelo es también algo que se aprende. Y se aprende además en común, como en la serie dedicada a los halcones en doma: «¿Cuál será, de las dos, la más esclava? / Si tú, que con mi vuelo tiemblos, / me llamas y me espías, / o yo, que rauda acudo / a tu vida llamada y a tu halago». El permanente juego entre el vuelo y el regreso, hasta llegar al día de la libertad: «diste gloria a mis días, y aprendí / en tu mirada la insondable / belleza de la altura».

En ese día, la mujer se hace una con el mundo. Este libro traza también una suerte de cosmogonía en la que Dafne, Inanna, Aquaria, son ancestras que muestran la posibilidad de ser a la vez mujer y bosque: «como la flor madura del magnolio / era alta y feliz. En el principio / solo Ella existía. Húmeda y dulce, blanca, / se amaba en la sombría / saliva de las algas, / en los senos vallados de las trufas, / en los pubis suaves de los mirlos». Una comunión en que los dedos ateridos son lo mismo que las ramas centenarias, y que, se diría, limpia de algún modo la suciedad que ha ido acumulando el mundo, para caminar hacia un lugar de autonomía en el que «Ella, que mana de sí misma / y a sí propia regresa, / lleva en Sí todo el vino, / toda la miel, el heno, la salvia y los enjambres / florecidos en ojos y en caricias».

«Tengo verdes los brazos de besarme en las ramas», dice una voz que, tras su camino de asombros y dolores, de placeres y aprendizajes, parece intuir el hilo que engarza los instantes: el sentido que se ofrece sin buscarse. Y apunta, una vez más, al camino que viene, al rastro que sigue. A lo que se seguirá repitiendo, pero será cada vez más libre: «aquellas que en mi vientre se estrenan / y en el cielo / rieron y reirán».

